

SOCIEDAD

ROMAN KRZNNARIC Filósofo

“Tenemos que cambiar la democracia para dar voz a las generaciones futuras”

MIGUEL ÁNGEL MEDINA, Madrid Noticias de última hora. Tuits inmediatas. Envíos urgentes: en tu casa en 10 minutos. Lo quiero todo ya. El mundo se ha vuelto frenético y cada vez pensamos más a corto plazo, lo que impide afrontar con serenidad los graves retos del futuro. En este contexto, el filósofo Roman Krznaric (Sidney, Australia, 51 años) ha escrito *El buen antepasado* (Capitán Swing), un ensayo que pretende hacernos reflexionar sobre cómo nos verán los humanos del futuro. “Se ignoran los intereses de las futuras generaciones. Es la tiranía del ahora. Necesitamos un pensamiento largoplacista para enfrentarnos a los próximos desafíos, la próxima pandemia, las injusticias sociales y raciales, la emergencia ecológica”, resumió este jueves en una charla *online* en La Casa Encendida, antes de atender a EL PAÍS por teléfono.

Pregunta. En un mundo cortoplacista, ¿sabemos cómo han influido nuestros antepasados?

Respuesta. Todos sabemos que tenemos ancestros, conocemos a nuestros padres y abuelos. Pero solemos olvidar el legado del pasado, como las ciudades en las que vivimos o los descubrimientos médicos. Heredamos muchos legados, como economías adictas a los combustibles fósiles y a un crecimiento infinito. Si queremos pensar en el futuro tenemos que entender ese pasado. Pero estamos cautelosos en el momento.

P. ¿Cómo podemos ser buenos antepasados?

R. Esa es la gran pregunta. Una opción es simplemente hacernos esa pregunta y que pase a ser parte de nuestro pensamiento. Este sábado [por hoy] voy a dar una charla en Irlanda ante una asamblea por la pérdida de biodiversidad, donde participan un centenar de ciudadanos, que luego darán recomendaciones al Parlamento. Este tipo de asambleas han proliferado en Europa. Tenemos que cambiar la naturaleza de la democracia para dar voz a las generaciones futuras. Las asambleas de ciudadanos son una especie de pensamiento lento. El riesgo es que los Gobiernos ignoren sus recomendaciones.

P. ¿Qué otras cosas se pueden hacer?

R. Creo en la importancia de las iniciativas legales que están intentando dar derechos a las generaciones futuras, y a montañas y ríos. Son un nuevo planteamiento. A finales del siglo XIX, las empresas obtuvieron los derechos legales de las personas en EE UU. Ya es hora de que el mundo natural tenga también personalidad jurídica, como acaba de pasar con el mar Menor. Eso demuestra que el cambio es posible. En Gales tienen un comisionado para las generaciones futuras. En Barcelona han empezado a aplicar la economía de la rosquilla [desarrollada por su mujer, la economista británica Kate Raworth], un sistema económico postrecimiento para repensar cómo debería ser la urbe del futuro. Es un modelo que pretende que todo el mundo tenga garantizadas sus necesidades básicas, pero respetando los límites ecológicos.

P. Pero la mayoría de los políticos piensan a corto plazo. ¿Cómo cambiamos eso?

R. Ese es el gran reto, porque la democracia representativa es un juego cortoplacista. No soy utópico: no creo que de repente vayan a pensar a largo plazo. Necesitamos mecanismos para impulsar las asambleas ciudadanas y los derechos de las generaciones futuras. Y creo que la descentralización del poder es una de las mejores maneras de enfrentarse a este problema: uno de los grandes cambios en Europa ha sido dar más poder a las ciudades. Las urbes son muy buenas en tomar decisiones a largo plazo, por eso sobreviven. Estambul ha existido durante los últimos 2.000 años y ha sobrevivido a varios imperios.

P. Los seres humanos cada vez viven más, pero cada vez pensamos más a corto plazo. ¿Qué culpa tienen las pantallas?

R. Es fácil pensar que todos nuestros problemas vienen de la cultura digital y, mirando a nuestro móvil 110 veces al día, es la respuesta sencilla. Pero hemos heredado una profunda cultura del cortoplacismo desarrollada en

El autor australiano acaba de publicar el libro ‘El buen antepasado’

“Las asambleas de ciudadanos son una especie de pensamiento lento”

“Imagina en qué mundo vivirá tu hija cuando tenga 90 años”

cientos de años. Cada vez cortamos el tiempo en trozos más pequeños: los primeros relojes del siglo XIV marcaban cada hora; en 1700 se incorporó el minutero, en 1800 el segundero. Y el mercado de valores se mueve en nanosegundos. Así que el tiempo cada vez va más deprisa y eso significa que el futuro está desapareciendo. Y también tenemos el cortoplacismo del capitalismo especulativo neoliberal, que no tiene visión de futuro ni de su impacto en la población de planeta, y el de la política. Todos estos factores alimentan la tiranía del ahora.

P. Hemos vivido miles de años sin coches ni aviones, ¿por qué ya no nos imaginamos sin ellos?

R. La dominación de la ciudad por los coches solo lleva 100 años. Pero la gente no tiene recuerdos de otra cosa. El coche es una especie de arma. Pensamos que la libertad es conducir o volar a donde queramos, pero no la libertad que importa. En el siglo XVIII en Europa, la gente pensaba que era libre para tener esclavos, y ahora sabemos que eso está mal. Es parecido con los coches y los aviones: pensamos que es nuestro derecho, pero su ejercicio tiene impactos perjudiciales en otras personas. Causa daño y eso es lo que tenemos que meternos en la cabeza. La libertad no es conducir un coche de gasolina ni volar todo lo que quieras.

P. En la era con más conocimiento científico es cuando más

estamos destruyendo el planeta. ¿Cómo lo explica?

R. El conocimiento científico y técnico puede ser una liberación, pero siempre ha sido peligroso. Con la primera prueba nuclear en 1945 desarrollamos la capacidad de destruir el futuro. El problema es que con este conocimiento estamos colonizando el futuro con nuevos riesgos: inteligencia artificial, biotecnología, nanotecnología... Pensamos en una utopía tecnológica que resolverá todos nuestros problemas, pero es mejor confiar en la tecnología social: la invención de los sindicatos en el XIX es tecnología social que ha ayudado a asegurar los derechos de los trabajadores. Necesitamos nuevas formas de organizarnos para hacer frente a los retos ecológicos. Los políticos no nos salvarán: será la acción directa de movimientos como Extinction Rebellion o Fridays for Future los que presionarán al sistema político para abrirlo desde abajo. Es lo que pasó con el movimiento por los derechos civiles en EE UU o con el anticolonial en la India.

P. El cambio climático requiere cambiar nuestra vida, pero hay gente que no quiere hacerlo. ¿Cómo los convencemos?

R. Hay mucha gente que no quiere pagar más impuestos para las futuras generaciones porque están preocupados por sus problemas actuales.

Pero si les das un espacio donde puedan hablar sobre las generaciones futuras, miran al mundo de otra forma. En Japón tienen un movimiento llamado Diseño Futuro en el que invitan a vecinos a hablar de los planes para su ciudad: unos tienen que pensar como ciudadanos de ahora y otros se ponen un kimono y tienen que pensar como habitantes de 2060. Y resulta que los que llevan esas ropas piensan en planes de transformación más ambiciosos respecto al cambio climático o incluso a pagar más impuestos. A quienes no quieren hacer nada contra el cambio climático hay que decirles: piensa por un momento en cuando tu hija tenga 90 años. ¿En qué mundo va a vivir? ¿Qué puedes hacer por ella? La gente reacciona bien a estas preguntas, solo hay que buscar el espacio para plantearse las.

P. ¿Cómo nos juzgarán esas generaciones?

R. Dirán que fuimos criminales. Mis hijos ya me están juzgando. En los noventa volé mucho a Guatemala y México para una investigación sobre indígenas, y me preguntan: “¿Cómo podías volar tanto? La primera Cumbre de la Tierra fue en 1992 [en Río de Janeiro]”. Y les respondo que entonces no formaba parte de nuestra visión del mundo. Nos ha costado años entender el cambio climático. Por eso Greta Thunberg y miles de jóvenes están realmente enfadados. Y tienen razón.



El filósofo australiano Roman Krznaric. / KATE RAWORTH